

EL VENDEDOR DE ESPEJISMOS

FERNANDO GONZALEZ

democracia española. El precio es elevado. Supone una consagración —que ha reiterado con exceso el Presidente francés—, pero a cambio de graves concesiones. Y no sólo económicas.

Del maletín de piel del gran viajante francés han ido surgiendo temas y propuestas encadenadas que, en definitiva, parecen apuntar a un solo objetivo: integrar a España en el mecanismo atlántico. Tras el pasmo profesional que para los medios de comunicación supuso la presencia del inimitable Giscard en España ("el Giscard", decía el periódico gubernamental *Arriba*; "Soyez bien venu, monsieur le President", adulaba el *ABC*; "Giscard, el Rey", escribía *El País* por la pluma de su director...), se pudieron detectar unos temarios, soslayados con habilidad en ruedas de prensa y discursos. Mientras en París dos jóvenes bretones, Lionel Cheneviere y Patrick Montauzier, del Ejército Republicano Bretón, hacían explotar con considerables daños, el palacio de Versalles, en el País Vasco ETA militar daba todas las facilidades para la promulgación del Decreto-Ley Antiterrorista. Una coincidencia que se ha evitado relacionar en las declaraciones oficiales.

La agenda de Giscard

Los temas que, como conejo de prestidigitador, fueron surgiendo de la cartera de agente de comercio del Presidente francés pueden muy bien agruparse en:

- a) Preocupación europea por las "concesiones" españolas respecto a las nacionalidades.
- b) Directamente relacionado con el tema anterior, la creación de lo que ha sido denominado (semanario *Posible*) un mercado común policial, con sus correspondientes secuelas, como la supresión del Estatuto del Refugiado en Francia para los españoles, el intercambio de presos terroristas, la eliminación de los "refugios-santuarios" de ETA en el País Vasco francés, en lo que ETA denomina Euzkadi-Norte.
- c) Presión sobre España para que reduzca su comercio —y por ello sus relaciones— con Cuba y la Unión Soviética.
- d) La consecuencia: identificación con la postura francesa en África y el ofrecimiento de "un nuevo mercado" suplementario del anterior en los países francófonos, de obediencia a París.
- e) Vender productos franceses —no sólo de industria de guerra o aviación, los intereses franceses de la compañía *Le Heine* se veían definitivamente favorecidos con la aprobación de la

zona centro de la Vaguada en Madrid, la reducción arancelaria española a los productos agrícolas favorece asimismo a la agricultura francesa —a cambio de promesas y algunas palabras.

f) *Perfilar el affaire Ceuta y Melilla con Marruecos. No hay que olvidar que la familia Giscard d'Estaing ha sido —y es prácticamente— uno de los mayores terratenientes en las zonas próximas a Marrakech, y que el Presidente francés está vinculado al trono alauita, del que actúa como "protector y embajador".*

Para sólo cuatro días que el Presidente francés, con sus elegantes maneras, iba a estar en España hay que pensar que tendría —según el aún vigente léxico de la tecnocracia franquista— "una agenda muy apretada". Pese a la frialdad casi absoluta con que la población de Madrid recibió al francés, el ambiente oficial era radiante, seguro del certificado de demócrata que el "gran Valery" iba a otorgar. Los madrileños vieron con malos ojos los atascos de tráfico producidos por la presencia del matrimonio Giscard paseándose en el viejo Rolls-Royce de Franco con inacabable escolta de motoristas. "Nace el eurocentrismo" auguraba Abel Hernández en *Informaciones*, portavoz oficioso de la Moncloa. Se aprobaba, entre leves protestas de la izquierda parlamentaria, una Ley Antiterrorista (de momento, Decreto-Ley) modelo alemán socialdemócrata, que el propio Giscard no se hubiese atrevido a proponer en Francia.

En Europa se apuntala ahora la democracia en crisis, la política y la guerra se hacen en África. En enero de 1981, según fuentes oficiosas marroquíes y españolas, habría la "internacionalización" con "cesión de soberanía de Ceuta y Melilla" mientras los británicos buscan una fórmula similar para integrar a la Roca gibraltareña en "el Estado español". Casi a matacaballo de la llegada de Giscard y apenas emprendía vuelo desde La Bacolla a París, llegaba a Madrid el senador Robert Byrd, un norteamericano con otro maletín de ventas. Traía cuarenta millones de pesetas —¿uno por año?— como indemnización al "pueblo español" por la ausencia del "Guernica" de Picasso. Vendía la idea de una España en la OTAN, con una base en Canarias —lo que haría "necesaria" una postura pro francesa en África con deterioro de las relaciones hispano-cubanas— y una actitud definida respecto al Sahara. Es decir, una actitud beligerante con el Frente Polisario.

Tras Byrd, partía Martín Villa a la República Federal Alemana para estudiar los métodos antiterroristas, ya que en España se crea el GEO (Grupos Especiales de Orden), unos superpolicías dirigidos por el comisario Conesa, de honda huella en el franquismo. El fenómeno en Europa no asusta. En Alemania hay los suficientes ex nazis al frente de unidades especiales de orden como para comprender que la nueva Europa pasa por una fascitización cibernética y tecnológica. Secuelas del viaje de Giscard, que es, a su vez, el resultado del viaje a Pekín del Jefe del Estado. Compromisos con la OTAN sin opción a otras actitudes.

El caso de Cuba

El tema cubano ha sido llevado en un discreto y tenue silencio. Es la "politesse" francesa para actuar en los países "protegidos". Está pendiente un viaje de Suárez a La Habana y la posible presencia, en otoño, de Fidel Castro en Madrid (aunque existiría una molestia oficial por parte española ante un posible recibimiento multitudinario). Renunciando a los lazos con Cuba, España tendría las "manos libres" para embarcarse en la política africana de Giscard (sobre todo después de la previsible "africanización" de Canarias en la cumbre de Jartum.) Es, posiblemente, el tema más espinoso de los tratados. Significa, en definitiva,

la verdadera "atlantización" de España, y la pérdida de la posibilidad de servir de puente con el Tercer Mundo. Simultáneamente —y aparentemente sin interrelacionarse con la petición secreta de Giscard— el Senado norteamericano frenaba la política de acercamiento a Cuba de Carter.

Y mientras Carter conseguía llegar a ser el Presidente más impopular de los Estados Unidos de los últimos cuarenta años, Giscard d'Estaing declaraba que los objetivos de su viaje "se habían cumplido". Marcelino Oreja, metido en entretelas históricas —comparó a Giscard con el Rey francés Luis VII en su peregrinaje a Compostela— hablaba del "humanismo". La posible dimisión de Oreja tras el fracaso casi inevitable de Jartum ha abierto ya la cábala de sus posibles sucesores. Se barajan nombres entre los que no se descarta a Calvo Sotelo, ahora entretenido en establecer "acuerdos-marco" con las Comunidades Europeas. Las repercusiones del viaje de Giscard —que supone la continuación del viaje a China, la presencia de Suárez en Rabat y el vuelo preparativo de Robert Byrd, del de Cyrus Vance para la revisión del Tratado por la Comisión Mixta Hispano-norteamericana— tendrán sus efectos a largo plazo. De momento, enzarzó al PCE y a PCF en una absurda polémica sobre los Pirineos, mientras los comunistas franceses apoyaban a los agricultores del MIDI.

El portavoz del Eliseo, Hunt, explicaba en Francia: "La disposición francesa consiste en distinguir política de economía". Es un hecho real. Primero se ha resuelto el acuerdo económico, agobiante para España (Iberia declaraba que la compra de los cuatro "Airbus" era un acto político más que comercial, ya que tendrán problemas con su utilización. El presidente de Iberia, Prado Colón de Carvajal, ha declarado recientemente que la compañía estatal "no adquiriría nunca los 'Airbus'"). Después, y como consecuencia de lo anterior, se implica en la política francesa a los españoles, para que acaben en África como los marroquíes, trabajando de guardianes para mantener limpia la "imagen" de Europa (Francia, la cultura, el humanismo) y de los Estados Unidos. Realmente toda una lección de habilidad política, pese a haberse tenido que tragar el sapo de una "belle tournée" en el Rolls-Royce de Franco, ante el silencio o la indiferencia del pueblo español.

